

NUEVOS DATOS SOBRE LAS FÍBULAS DE «LONGO TRAVESSÃO SEM ESPIRA». LA APORTACIÓN DE LA SUBMESETA NORTE PENINSULAR

CARLOS SANZ MÍNGUEZ - ZOA ESCUDERO NAVARRO

Hace ya cerca de un siglo que Fortes tentara sistematizar por vez primera los hallazgos de fíbulas producidos hasta entonces en el área noroeste de la Península Ibérica, no sin cuestionarse si los datos eran aún suficientes para dicha empresa (Fortes, 1908). De los modelos caracterizados entonces sabemos ahora que su práctica totalidad encuentra representación en otras áreas peninsulares¹, y muy particularmente en la Meseta, o que algunos de ellos corresponden a producciones netamente romanas como pudieran ser las fíbulas de tipo Aucissa y en buena medida los pasadores en T incluidos en la variante B de su serie 6.^a No parece ocurrir lo mismo, sin embargo, con la variante A de dicha serie, denominada de «longo travessão sem espiras» (FLTSE en lo sucesivo) (*Ibidem*: 22). Los hallazgos posteriores —más de una treintena de piezas recogidas en diecisiete castros diferentes— sintetizados en el trabajo de Fariña (1979) permitieron comprobar su reiterada asociación a yacimientos del área noroeste galaico-portuguesa, al tiempo que su total ausencia fuera de este ámbito, lo que otorgaba cierta carta de naturaleza al modelo.

Aunque la situación básicamente no ha cambiado desde el estudio de Fariña, sí cabe matizar que el aislamiento de este grupo de fíbulas no es tan grande como se pensó. A los hallazgos recientes de los castros de Sanfins (Silva, 1983: lám. XI: 7), Viladonga (Arias Vilas, 1983: 204), Outerio dos Mouros (Ponte, 1984: 117), Vigo (Hidalgo Cuñarro, 1985: fig. XX: 6), Baroña (Calo y Soeiro, 1986: fig. XII: 2-4), Forca (Carballo, 1987: fig. 50: 716), Fozara (Hidalgo y Rodríguez, 1987: 240-1), A Graña (Meijide, 1990: 134), Rodeiro (Lenerz, 1991: lám. 173: n.º 603) y Borneiro (Romero Masiá, 1992: 152-156, fig. 9), que vienen a ratificar ese marco noroccidental extremo, deben sumarse ahora los datos del centro de Portugal (Ponte, 1982: 216) y los del área asturiana (Maya, 1988: 97, fig. 31), así como otros de la zona central meseteña pasados por alto o totalmente novedosos, caso último del ejemplar vallisoletano de Carralaceña que ahora presentamos, y a cuyo carácter exótico para este área añade el interés de un contexto arqueológico preciso por ser pieza recuperada en proceso de excavación.

¹ Incluso para uno de los tipos más emblemáticos, el trasmontano, queda en evidencia lo injustificado de su denominación tras un elemental análisis de distribución cartográfica (Esparza, 1983: 113).

1. Descripción de la pieza y circunstancias de su hallazgo

La fíbula objeto del presente trabajo se asimila al tercero de los momentos de ocupación del alfar vacceo sito en el pago de Carralaceña, en Pesquera de Duero (Valladolid), yacimiento incluido en el conjunto protohistórico de Padilla/Pesquera de Duero y que comprende un extenso núcleo habitado íntegramente en momentos avanzados de la Segunda Edad del Hierro. Diversos estudios efectuados en fechas recientes (Sanz Mínguez *et alii*, 1989; Sanz y Escudero, 1991; Sanz, Gómez y Arranz, 1993) han puesto de manifiesto la probable existencia en todo su espacio de áreas destinadas a trabajos artesanales en relación con el vecino y relevante poblado de Las Quintanas, del que le separa el curso del Duero, en un tramo antaño vadeable².

La excavación efectuada durante 1989 en dicho enclave, que ocupó un área próxima a los doscientos metros cuadrados, registró una secuencia con cuatro momentos diferentes de actividad en el taller, en los que se observa una cierta alternancia en el carácter de los niveles; aquellos que ofrecen restos de estructuras de cocción desmanteladas son cubiertos por estratos de vertidos que, a su vez, han sido parcialmente excavados para la construcción de nuevas estructuras. Se confirman así éstos como los dos tipos de vestigios dominantes en la práctica totalidad de la secuencia: los lechos de vertidos o escombreras y los restos estructurales relacionados con la cocción, al más significativo de los cuales ya hemos destinado un pormenorizado estudio (Escudero y Sanz, 1993).

Concretamente, la referida pieza se localizó en la Unidad Estratigráfica 114 del Nivel II, constituido por una potente y homogénea capa de cenizas sueltas y oscuras distribuidas por todo el espacio de excavación, con una potencia media entorno a los 50 cm., que contenía una gran cantidad de material cerámico sumamente fragmentado y en buena medida pasado de fuego, deformado y escorificado. Por ello puede identificarse con seguridad como el resultado de una importante acumulación de residuos y desechos de cocción de la que desconocemos las dimensiones totales y límites precisos, pero que llegó a uniformar una amplia zona, parte de la cual con posterioridad fue eliminada para la instalación del Horno 2, que representa la fase más moderna del alfar en este sector.

Como es lógico, la práctica totalidad de los restos recuperados en el nivel corresponden a fragmentos cerámicos, a los que pueden sumarse escasos huesos de fauna, algunos elementos de carácter estructural (trozos de adobe, placas de enlucido, etc.) y abundantes pellas de barro con huellas dactilares; por ello, la aparición

² Descubierto durante los trabajos de prospección de los años sesenta que dieron lugar a la Carta Arqueológica Provincial (Palol, 1965; Palol, Fontaneda y Recio, 1969; Palol y Wattenberg, 1974: 115) y revisitado posteriormente (Mañanes, 1983: 62-64), no será hasta finales de los ochenta cuando se tenga constancia, por un lado, de la vinculación de Carralaceña al conjunto padillense, hoy ya bien definida, y, por otro, de la presencia en parte de su terreno de las instalaciones alfareras que abastecieron al enclave vacceo, a menos durante las fases avanzadas de su desarrollo.

Con posterioridad a dicho momento, y en relación con el despegue del Proyecto de Investigación sobre el conjunto del yacimiento, para el que puede tomarse como fecha de referencia el año 1985, se han efectuado tres campañas de excavación en los alfares, durante 1989, 1990 y 1991.

de una fíbula de bronce —quizás perdida por su portador o simplemente tirada a la escombrera al quedar fuera de uso— reviste un carácter ciertamente poco habitual en este contexto.

Dicha fíbula (fig. 1: 1), completa a excepción de la aguja y del remate caudal, presenta un travesaño que responde en absoluto al empleado en las FLTSE: fusi-forme de extremos engrosados, cuyos flancos aparecen, en este caso, decorados con círculos concéntricos. Pese a que la corrosión ha afectado particularmente a esta zona de la pieza, aún se puede observar que el mismo estaría integrado por un eje de hierro, cuyos óxidos afloran en superficie, forrado por una gruesa lámina de bronce, uno de cuyos bordes aparece sobrepuesto, bajo el puente, al otro, y decorado por tres líneas incisas. Esta chapa se encuentra ampliamente recortada en su zona media y en los tramos superior, posterior e inferior, para dar cabida a la ancha cabecera del puente, y asimismo perforada ligeramente a la izquierda de dicha escotadura, y por su tramo inferior, para dar paso a la aguja, actualmente fragmentada. Parece lógico pensar que los remates externos constituyeran piezas independientes embutidas en el eje del hierro (probablemente se iniciaran donde termina la decoración incisa de la placa), pero la precaria conservación no permite mayor grado de concreción.

El puente posee una cabecera perforada, ancha y acintada, arco rebajado de sección esencialmente triangular, con pequeñas solapas en ángulos inferiores y profunda acanaladura longitudinal en ángulo superior, presentando el reverso ligeramente ahuecado, tendencia que se manifiesta con mayor intensidad en la zona caudal. En efecto, el pie posee sección cóncavo-convexa, con una amplia hendidura que sirve de mortaja: su extremo se vuelve en ángulo recto y se proyecta verticalmente conformando un apéndice de sección en doble hacha o plano/bicóncavo, en cuya superficie superior puede observarse un orificio cilíndrico que serviría para embutir el remate caudal ya perdido. En definitiva, la pieza podría haber estado compuesta por un total de seis piezas: eje de hierro, chapa de recubrimiento, los dos remates del travesaño, puente y remate caudal, en bronce. Sus medidas son: para el puente: long. = 48 mm., anch.mx. = 11, grosor = 11,5, alt. = 22; y para el travesaño: long. = 78, Ø mx = 12.

Los resultados obtenidos del análisis de la pieza³ quedan expresados en la siguiente tabla, donde A recoge los valores en un punto exterior del resorte, B en el lateral de un remate del resorte y C en el puente:

	Mn	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Pb	Sn	Sb
A	0	8,895	0,091	65,957	0,051	0,026	9,527	14,673	0,734
B	0,026	0,055	0,164	83,186	0,227	0,058	4,677	10,471	0,540
C	0	0,397	0,103	52,431	0,266	0,098	23,80	21,969	0,935

³ La fíbula ha sido sometida a un análisis cualitativo mediante el sistema de Fluorescencia de Rayos X, en un aparato Philips PV 9550, realizado por D. Francisco Javier Sarabia en el Laboratorio de Química Inorgánica de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería Industrial de la Universidad de Valladolid. Nuestra gratitud para con él por su amable colaboración y cualificado comentario a los resultados.

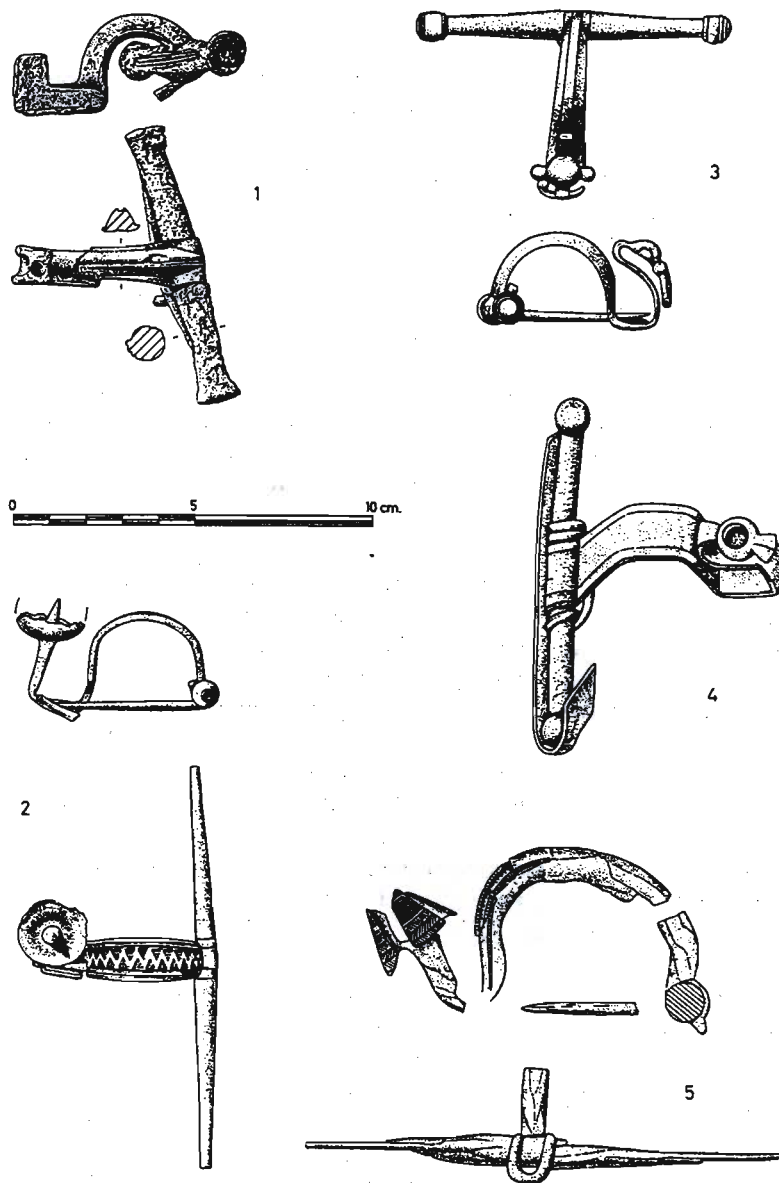


Fig. 1. Fíbulas hispanas con sistema de resorte en ballesta. 1. De «Longo travessão sem espira», Carralaceña (Pesquera de Duero, Valladolid).—2. Con remate caudal de cazoleta, Miraveche (Burgos).—3. De apéndice caudal zoomorfo, La Senda (Coimbra del Barranco Ancho, Jumilla, Murcia) (según Page *et alii*, 1987).—4. De apéndice caudal zoomorfo, Quintanas de Gormaz (Soria) (según Cabré y Morán, 1978).—5. Modelo arcaico de fíbula de «Longo travessão sem espira», Castro de Baroña (La Coruña) (según Calo y Soeiro, 1986).

Estos valores revelan que nos encontramos ante un bronce de aleación ternaria con cantidades importantes de Pb, especialmente en el puente, donde este elemento representa casi un cuarto del total de su composición. Las notables diferencias cuantitativas que se aprecian entre los puntos sondeados, nos indican su procedencia de tres coladas distintas. El fuerte componente de Fe que se detecta sobre el resorte (A) probablemente se explica por la existencia de un vástago de dicho material en el interior de aquel. Es destacable, por otro lado, el alto contenido de Sb de las tres muestras, en las que supera los valores propios de los elementos de traza; este rasgo aunque conocido en los análisis de las cerca de trescientas piezas de la necrópolis padillense de Las Ruedas, no es, sin embargo, estadísticamente frecuente.

A través de los caracteres descritos, y aún a falta de conocer el remate caudal de la pieza, vemos que la misma se ajusta en gran medida a los rasgos establecidos para el tipo por Fariña (1979: 30), por lo que en primera instancia cabría ver en el ejemplar vallisoletano un hallazgo importado desde el área galaico-portuguesa, y el representante, por el momento, más oriental del marco de distribución del modelo. Importación directa, sin más, que tal vez podría encontrar apoyo complementario en el alto contenido de Sb detectado en la aleación de la pieza, aunque para ello faltan los correspondientes análisis de piezas del NO que permitan la comparación.

Un estudio más detenido nos llevará, sin embargo, a plantear que nuestra pieza más que importación desde el NO fuera en realidad una imitación realizada por metalurgistas próximos a la definida por Schüle Cultura del Duero, los cuales, como veremos, podrían haber contribuido incluso, en momentos ligeramente anteriores al que representa este ejemplar clásico, a la génesis del peculiar modelo de fibula.

2. FLTSE, una creación local bajo influjos exteriores

Parece una idea comúnmente aceptada por quienes se han acercado a la problemática de este modelo de fibula que el mismo es una creación específica de los artesanos *castrexos* matizada por unos influjos externos previos (Fariña, 1979: 47; Hidalgo, 1985: 31-33; Romero Masiá, 1992: 156).

Tales influjos, efectivamente, se aprecian de forma inmediata en el empleo de un pie alzado en vertical, elemento generalizado en toda la Meseta durante la Segunda Edad del Hierro, cuya introducción o extensión puede observarse con claridad, por ejemplo, en la evolución de las fibulas de doble resorte, que, en los modelos más avanzados, datables en los comedios del siglo IV a. C., introducen este elemento antes ausente (Campano y Sanz, 1987: 69).

Por lo que respecta al remate caudal propiamente dicho, de tipo cónico u hociado, se ha puesto en relación con otros que decoran torques igualmente específicos de la orfebrería gallega (Fariña, 1979: 45-46). Por nuestra parte, añadiríamos que tales botones constituyen una estética dominante en la metalistería meseteña, en piezas como los puñales Monte Bernorio (Sanz Mínguez, 1990: fig. 3) o los broches Bureba (*Idem*, 1991: fig. 10), e incluso en determinadas fibulas de la propia Padilla de Duero o de Numancia y Paredes de Nava, estas últimas incluídas,

precisamente por este carácter, en el grupo de las FLTSE (Lenerz, 1991: láms. 187: n.º 677 y 170: n.º 587, respectivamente), adscripción que juzgamos arriesgada e incluso discutible ya que, si bien nada queda del sistema de anclaje, el indicio de una cabecera de puente aplanada, sumamente estrecha, como la que presentan ambas piezas no parece concordante con la habitualmente ancha y acintada empleada en la generalidad de las FLTSE.

Pero es sin duda, el sistema de anclaje el que mayor singularidad proporciona a este grupo de fíbulas, por lo que parece adecuado centrarnos en su análisis. Su similitud técnica con respecto al que detentan las fíbulas romanas de charnela fue el hecho determinante para que inicialmente las FLTSE fueran consideradas signos de influencia romana y, por tanto, adscritas a los siglos I-II d. C., o todo lo más al I a. C., si bien los hallazgos en los castros de Cameixa o Sabroso matizaban la posibilidad de una mayor antigüedad para el modelo (Fortes, 1908: 31-32; López Cuevillas, 1950: 17). La reivindicación del resorte de bisagra como un logro técnico ibérico, previo a la romanización, que arrancara como mínimo del siglo IV a. C. en las emblemáticas fíbulas anulares hispánicas (FAH en lo sucesivo) (Cuadrado, 1957: 61-63) abría nuevos caminos para la interpretación de las piezas que nos ocupan. Así lo entendió Fariña, quien en su sistematización de las FLTSE, plantea la relación con el resorte de bisagra de tipo I de las FAH, encontrando apoyo en el único ejemplar de esta clase localizado hasta entonces en Galicia, cuyo origen había sido cuestionado por Cuadrado por presentar un tipo de resorte, el de charnela, característico del área ibérica y muy raro en las Mesetas.

Independientemente de que la presencia del resorte de charnela de la FAH gallega, y por ende el de las FLTSE de este ámbito noroccidental pueda explicarse por influencias meridionales extensivas a otros productos (Fariña, 1979: 47), nos parece necesario reivindicar la misma vía que la señalada en el caso de los remates caudales.

En efecto, de igual forma que hace unos años se barajaban influencias meridionales (mariánicas) para torques funiculares de plata que no encajaban en la orfebrería castreña del NO, de base fundamentalmente áurea (López Cuevillas, 1950: 16), y en la actualidad cabe defender una filiación meseteña, incluso vaccea para ciertos ejemplares como el de Mondoñedo con *nudus herculeus* (Delibes *et alii*, 1993: 427), creemos tener datos para opinar que la supuesta transmisión del tipo de resorte de las FLTSE a partir del de charnela pudo operarse vía Submeseta Norte.

En esta dirección no podemos olvidar tampoco las influencias tradicionalmente apuntadas para las cerámicas estampadas, por más que en la actualidad estén sometidas a revisión (Carballo Arceo, 1986: 105-106) o el reconocido aporte de fíbulas específicamente meseteñas, muy particularmente la de cazoleta o tipo 4f de Schüle (1969: fig. 56) en el área portuguesa al Norte del Duero (Ponte, 1984: 115).

Pero es que además, en la Submeseta Norte el resorte de charnela, vinculado a las FAH, aunque raro o minoritario con respecto al del muelle, también se documenta en lugares como Uxama y El Berrueco (Martín Montes, 1984: mapa 2), Las Cogotas (Cabré, 1930: lám. LXVIII: centro izda.), Chamartín de la Sierra (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: fig. 6: 1) o la necrópolis de Padilla de Duero (Sanz Minguez, 1985: 204).

Con todo, el modelo anular hispánico nos parece excesivamente distante en su concepción técnica y formal como para considerarle inspirador directo de las FLTSE. La estrategia de estabilización sobre la vestimenta de aquel se basa en la simple adición de un anillo o aro al imperdible propiamente dicho, mientras que en las FLTSE el hipertrófico eje o travesaño cumple esa función antes que la de servir de base al sistema de resorte.

Nuestra búsqueda ha de orientarse, pues, hacia las especies genéricamente designadas de ballesta, y dentro de éstas a las que comparten los caracteres indicados en las FLTSE: desarrollado eje y reducido resorte. Así, partimos inicialmente de una pieza procedente de la necrópolis de Miraveche que pese a ser conocida desde antiguo ha pasado prácticamente desapercibida. Probablemente ello se deba en buena medida a que su difusión se ha producido fundamentalmente a través del conocido trabajo de síntesis de Schüle, cuya documentación gráfica —a parte de deslizar algunos errores como consecuencia de obtener sus dibujos a partir de fotografías no siempre con el detalle deseable—, recogía la situación de conservación, necesariamente adversa, de unos materiales sacados a la luz una treintena de años antes. Así, una fibula de la tumba 38 de la necrópolis de Miraveche, de puente acintado decorado con estampación, cabecera perforada y pie alzado, aunque aparecía sin resorte en el trabajo de Schüle (1969, lám. 143: 18), puede verse completa en una breve noticia sobre adquisiciones de ajuares de la Edad del Hierro del Museo Arqueológico de Burgos (Martínez Burgos, 1941: lám. XIX, centro sup.), y, lo que es más importante, se halla en ese mismo estado en la actualidad expuesta en las vitrinas de la citada institución⁴. El interés del ejemplar es excepcional ya que, para garantizar a un mismo tiempo el anclaje y la estabilidad de la fibula en el vestido, combina un resorte de charnela con dos extensos conos transversales unidos por un eje en la cabecera del puente, construcción verdaderamente próxima a la de las FLTSE (fig. 1: 2).

El arco es acintado y peraltado, con cabeza perforada y pie solidario alzado en vertical cuyo remate se encuentra fragmentado parcialmente, lo que no impide asimilarle al tipo de cazoleta, presentando un apéndice cónico muy apuntado en su interior. La superficie del puente aparece decorada por doble hilera enfrentada de estampaciones de triángulos rellenos de seis perlitas entre líneas dobles incisas. El sistema de anclaje se halla constituido por una aguja solidaria al resorte de charnela con tope de gancho que podríamos incluir en el tipo IV de Cuadrado (1957: 11), y más específicamente en el IX de Iniesta (1983: lám. XIII) al tiempo que por dos placas de bronce enrolladas que conforman largos conos truncados en los extremos, perfectamente ajustados en la cabecera mediante madera y eje de hierro que engarza también la charnela. Dichos conos muestran en los extremos un hueco central, no pareciendo dispusieron de remate alguno en esta zona; asimismo se observa en ellos con nitidez la línea de unión de ambos bordes, que queda en el plano inferior, es decir, en posición de contacto con la vestimenta, y por tanto no visible;

⁴ Nuestro agradecimiento a D. Juan Carlos Elorza, Dña. Belén Castillo y Dña. Cristina Escudero, director, conservadora y restauradora, respectivamente de dicho Museo, por la ayuda prestada para el estudio de este ejemplar.

un pequeño orificio inmediato a dicha línea en uno de los conos probablemente sean el resultado de un golpe de punzón de matriz cónica para trabar ambos bordes. La pieza, consta pues de un total de cinco elementos metálicos además de la madera que sirvió para ajustar el travesaño. Sus dimensiones son: long. total = 55; para el puente: long. = 30, anch. mx. = 11, grosor = 2, alt. = 24; para el travesaño: long. = 111, \emptyset mx. = 6.

En función de los caracteres apuntados resulta enormemente tentador y sugestivo señalar al ejemplar miravechiano como prototipo de las FLTSE. En esta dirección destacaremos concomitancias como el empleo de madera para ajustar las chapas de revestimiento, proceder documentado específicamente en las FLTSE de Baroña (Calo y Soeiro, 1986: 14), o el exagerado desarrollo del eje, por encima de los 10 cm., acorde con estadíos más antiguos de las FLTSE, tal y como parece sugerir un ejemplar de la fase I de Baroña (*Ibidem*: fig. XII: 2), único yacimiento hasta el presente que, por contar con ejemplares en ambos niveles ocupacionales, permite intuir la evolución de estas especies.

En cualquier caso, el carácter de prototipo del ejemplar miravechiano ha de apoyarse en su mayor antigüedad con respecto a las piezas estrictamente de largo travesaño sin espiras del NO peninsular, aspecto al que no contribuye la alteración de los conjuntos tumbales de este cementerio burebano, pero que desde un punto de vista tipológico parece más que probable como luego veremos.

El interés de esta fíbula va más allá, sin embargo, de su exclusivo sistema de resorte, proporcionando, en lo que atañe al apéndice, nexos con el ejemplar de Carralaceña que son precisamente los que nos inclinan a ver en la pieza vallisoletana una imitación de los artesanos del área del Duero.

Aunque desconocemos la tipología del remate del pie en nuestra fíbula, un hecho diferencial cabe indicar con respecto a las FLTSE clásicas del NO: el encaje del remate, siempre cónico u hociado —excepción hecha de una pieza del castro coruñés de Meiras (Fariña, 1979: 36-37), a la que nos referiremos posteriormente— se realizó allí en el extremo de un desarrollado pie alzado en vertical, quedando la unión oculta bajo el sombrerillo. En un ejemplar del castro de Borneiro puede observarse un orificio transversal en el extremo del pie que serviría a este fin (Romero Masiá, 1992: 153, fig. 9: 1). Un remate hociado de FLTSE recuperado dentro de un pequeño «tesorillo» de fase IIB del castro de Baroña, con un interior tripartito (Calo y Soeiro, 1986: fig. XI), ilustra igualmente un sistema de enchufe realizado en la parte superior o extrema del pie que quedaría oculto por el propio remache.

En nuestra pieza, efectivamente, el remate quedaría embutido en un pie de escasa alzada, con orificio en plano superior, que recuerda poderosamente el sistema de fijación empleado precisamente por las variantes más evolucionadas del modelo de cazoleta, aquellas en las que el apéndice caudal no resulta solidario al puente sino que se halla constituido por dos elementos independientes, la cazoleta propiamente dicha y el cono interno, que se fijan, mediante eje de hierro, a un pie caracterizado en la parte superior o extrema del pie que quedaría oculto por el propio remache.

En nuestra pieza, efectivamente, el remate quedaría embutido en un pie de escasa alzada, con orificio en plano superior, que recuerda poderosamente el sistema de fijación empleado precisamente por las variantes más evolucionadas del modelo de cazoleta, aquellas en las que el apéndice caudal no resulta solidario al puente

sonancia con las FLTSE clásicas, lo verdaderamente interesante es la confirmación de una común estrategia de fundido y montaje de elementos en la zona caudal para nuestra pieza y una variante de las de cazoleta no empleada en otras tipologías.

Así pues, el pie de la fíbula de Carralaceña, aunque posee una sección bicóncava similar a las piezas del NO peninsular, introduce un notable rasgo de singularidad con respecto a éstas y obliga a matizar para nuestro ejemplar, evidentemente más moderno que el considerado prototipo de Miraveche, el aporte de influencias. Si difícil resulta pensar en una pieza traída directamente desde el área galaico-portuguesa, también lo es interpretarla como obra de artesano vacceo, esto último no tanto por cuestiones técnicas —los últimos hallazgos en contextos funerarios demuestran que este pueblo del centro de la Cuenca del Duero, aunque alejado de los veneros, desarrolló una espléndida metalurgia— como por la excepcionalidad del tipo aquí. Dada la estrecha relación entre la metalurgia generada por las gentes del Alto Ebro y las del Duero Medio durante la Segunda Edad del Hierro (atestiguada fehacientemente en productos como los puñales Monte Bernorio, espadas Miraveche, broches Bureba, fíbulas, etc.), y señaladas las coincidencias tipológicas de nuestro ejemplar con el modelo de cazoleta, nos parece más adecuado considerar al foco metalúrgico de Miraveche-Monte Bernorio, y muy particularmente a la comarca de la Bureba, asiento de los autrigones, como posible cuna de nuestro ejemplar⁵.

Volviendo sobre la pieza miravechiana tantas veces aludida, es necesario reconocer, por otro lado, lo infrecuente de la asociación de un remate de pie alzado con un puente acintado. De admitir que la charnela de esta fíbula fuera un préstamo a partir de las FAH, podría pensarse lo propio para el puente acintado, característico de la variante 10 de las FAH según clasificación de Cuadrado (1957). No parece probable, sin embargo, que fuera así, es decir, que ambos elementos, puente y charnela, se hubieran incorporado conjuntamente a imitación de una posible pieza anular hispánica, ya que el modelo 10 o de puente acintado se caracteriza precisamente por desarrollar siempre resorte de muelle⁶.

Este dato parece confirmarnos en la opinión vertida *supra* sobre la recepción del peculiar sistema de resorte a través de otro tipo de fíbula. Centraremos, por ello, finalmente nuestra atención en las denominadas por Cabré y Morán (1978) «fíbulas hispánicas con apéndice caudal zoomorfo» (FHACZ en lo sucesivo), en cuyas series C y D del grupo II, levantina y meseteña, respectivamente, encontramos ejemplares que conjugan puentes acintados con desarrollados resortes de ballesta. El ejemplar procedente de la necrópolis de La Senda (Jumilla, Murcia) (fig. 1: 3), aunque en este caso posee sección hemisférica, constituye, sin ninguna duda,

⁵ Es, en efecto, en dicho territorio, donde se localizan la mayoría de los ejemplares de cazoleta —Miraveche, Villanueva de Teba, Miranda de Ebro, Soto de Bureba—, alcanzando por el NE el yacimiento alavés de la La Hoya, y por el SO a Padilla de Duero —un par de ejemplares inéditos— y La Osera (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: fig. 11). Excepcionales son los hallazgos de un remate caudal de esta tipología de La Albufereta de Alicante (Lenerz de Wilde, 1991: lám. V: n.º 27) y de un ejemplar completo, a falta del resorte, del área portuguesa al norte del río Duero (Ponte, 1984: núm. 32).

⁶ La única excepción, que conozcamos, a esta norma es un ejemplar murciano, aunque de la variante más gruesa y ya próxima, por lo tanto, al tipo normal de navecilla (Inieta, 1983: 170-171).

la referencia tipológica más directa para el ejemplar de la tumba 38 de Miraveche, ya que su anclaje se halla constituido por sendas chapas de revestimiento dispuestas a cada lado de un resorte de charnela, todo ello unido por un eje interno con remates moldurados en los extremos, alcanzando una longitud de 87 mm. (*Ibidem*: fig. 6: 9; y más específicamente Molina *et alii*, 1976: fig. 61, lám. XXVI). El hallazgo posee además el interés de proporcionar una fecha muy ajustada por su asociación a cerámicas de importación, en la primera mitad del siglo IV a. C., convirtiéndose en una referencia de inestimable ayuda para datar el ejemplar miravechiano.

Por su parte, en la serie D o meseteña ejemplares como el de Quintanas de Gormaz (fig. 1: 4) —con un resorte de casi 10 cm. de longitud—, o el recientemente hallado en Carratiermes (Argente, 1989: fig. 50: 433), igualmente asimilable a dicha variante (tipo 8A3 de la clasificación de este último autor), pese a no emplear resorte de charnela, manifiestan una misma preferencia por desarrolladas ballestas recubiertas por placas cilíndricas, junto a exigüos resortes, en ambos casos de muelle, constituidos por una simple lazada a un lado y otro de la cabecera del puente.

Este proceder nos trae a la memoria las FLTSE halladas en el nivel I de Baroña (fig. 1: 5) —previo al que incluye las piezas clásicas— las cuales presentaban en la zona de la cabecera un alambre de bronce en cuya interpretación no se entra debido a la mala conservación de las piezas, pero que, con todas las precauciones necesarias, tal vez pudiera corresponder a los restos de un muelle de lazada muy simple como los apuntados para las fíbulas de apéndice caudal zoomorfo. La posible influencia de este modelo en las FLTSE pudiera igualmente tener su reflejo en el inusitado apéndice caudal, interpretado como cabeza de ofidio, que posee la pieza coruñesa de Meiras (Fariña, 1979: 37). Aunque este remate no se corresponda con la cabeza de ánade habitual en dichas especies, conviene no echar en olvido la asociación de ambas especies —ánades y ofidios— precisamente en el ejemplar aludido de Quintanas de Gormaz.

En definitiva, creemos que el grupo FHACZ en interrogación, particularmente las series C y D que engloban ejemplares con gusto por largas ballestas, debieron de influir sobre otros modelos tales como las fíbulas de cazoleta características de la comarca burebana y, en última instancia sobre la FLTSE.

La aparente circunscripción de dicho modelo zoomorfo al área oriental de la Meseta y Alto Tajo, según cabe deducir de los ejemplares recogidos en el citado trabajo de Cabré y Morán, impondría serias limitaciones al alcance de estos influjos. Sin embargo, hallazgos recientes en Altikogaña (Eraul, Navarra) (Castiella, 1986: lám. I, 4), o en la propia Padilla de Duero (Sanz Mínguez, 1985: fig. 31, 1) muestran que el modelo alcanzó tanto zonas septentrionales como occidentales, en este último caso también con una pieza ya señalada en La Osera, si bien aquí correspondiente al grupo I, serie C (Cabré y Morán, 1978: fig. 5: 12).

Muy sugerente nos parece el hecho de que en el citado yacimiento navarro convivan FHACZ con otras acintadas decoradas con series de triángulos estampados rellenos de perlitas que, pese a no conservar ni el resorte ni el pie, tal vez pudieran corresponder al tipo de pie alzado con remate de cazoleta e incluso detentar un amplio resorte de ballesta, en función de sus ajustados paralelos con el tantas veces

aludido ejemplar de la tumba 38 de Miraveche, proximidad tipológica ya establecida en su momento por Castiella (1986: 148, lám. I: 5).

Parece, por tanto, que fibulas de cazoleta y FHACZ en interrogación mantuvieron cierta conexión. De sus múltiples coincidencias geográficas, destacaremos para finalizar, por su sugestiva expresividad, la que hace al área levantina punto de encuentro de un remate de cazoleta de la Albufera de Alicante (Lenerz de Wilde, 1991: lám. 5: n.º 27), absolutamente típico del área burebana, y un ejemplar completo de FHACZ de la necrópolis de la Senda, en Jumilla que constituye el mejor paralelo para explicar la pieza de cazoleta y larga ballesta de la tumba 38 de Miraveche.

Ambos modelos permiten, por tanto, una explicación alternativa a los precedentes tipológicos que incidieron en la creación de las FLTSE, frente a la tradicionalmente esbozada a partir de las FAH y de influjos meridionales.

3. Consideraciones cronológicas

Superada ya la visión historiográfica que hacía responsable de la génesis de las FLTSE a las de charnela romana, la idea de que el tipo pudo ser operativo ya desde el siglo III a. C. e incluso desde el anterior, parece haberse ido imponiendo a partir del específico trabajo de Fariña. Dentro de la evolución de la Cultura Castrexa propuesta en un reciente trabajo de síntesis, éste y otros autores consideran las FLTSE como uno de los elementos caracterizadores desde sus inicios del segundo de los períodos o «castexo clásico» que abarcaría los siglos IV al II a. C., si bien no se menciona su presencia en el tercer y último momento desarrollado entre las campañas de D. Junio Bruto y la primera mitad del siglo I d. C. (Fariña, Arias y Romero, 1983: 120 y 123).

Con todo, y pese a reconocer nuestra falta de contacto directo con los materiales y la cultura castrexa en general, es justo reconocer que el envejecimiento de la fibula, basado en los antecedentes tipológicos que proporcionan otros modelos, no concuerda con un registro arqueológico siempre remiso a ofrecer hallazgos anteriores a los siglos II-I a. C., momento en el que encajaría igualmente la pieza vallisoletana de Carralaceña.

Así, por ejemplo, aunque Carballo (1987: 119) suscribe la cronología propuesta por Fariña para la FLTSE aparecida en el castro de Forca, vemos que su hallazgo dentro de un nivel de difícil datación impide en la práctica mayor concreción que la referencia del marco general del yacimiento, siglos IV al II a. C.

Otro tanto cabe decir de los tres ejemplares más o menos completos recuperados en la corona de «A Cida» de Borneiro. El único nivel de ocupación detectado y la variedad de fechas de C-14 conseguidas para el mismo (Romero Masiá, 1992: 132-133), no parecen especialmente favorables para ajustar aquí tampoco la datación de dichas FLTSE.

Otras referencias que, sin embargo, parecen gozar de mayor precisión en cuanto a su fecha o vinculación estratigráfica, vienen a coincidir con momentos bien avanzados. Es el caso, extremo probablemente por llevarnos al siglo I d. C., del ejem-

plar recuperado en el castro «A Graña» de Toques, circunscrito a su fase tercera (se cuenta con fecha de C-14 para la fase segunda que sitúa la ocupación en el siglo I a. C.) (Meijide Cameselle, 1990: 118-119).

Pero, sin ninguna duda, el registro más importante parece ser el obtenido en una de las tres plataformas que configuran el castro de Baroña. En este espectacular asentamiento se han definido tres fases de ocupación, siendo la superficial de escasa entidad, no así las otras que incluyen entre sus hallazgos metálicos un total de cinco ejemplares de FLTSE. Es importante consignar, por un lado, que en el nivel I más antiguo las piezas halladas responden a un modelo arcaico, de remate cónico hueco y travesaño con alambre de cobre, bien distinto del modelo clásico del que el nivel II deparó, dentro de un «tesorillo», un par de ejemplares; y por otro que la vida del yacimiento se sitúa, de forma precisa, entre el siglo I a. C. y el I d. C. Considerando que esta datación se obtiene por la asociación, desde la fase más antigua, de materiales romanos como ánforas, parece lógica la conclusión de que las FLTSE clásicas deban corresponder a momentos muy tardíos, toda vez que existen modelos más arcaicos que ocuparían la primera mitad del siglo I a. C. (Calo Lourido y Soeiro, 1986: 14, 19 y 27, figs. XI y XII: 2-4, láms. V y VII).

Partidario igualmente de cronologías tardías se muestra Maya para las piezas superficiales de los castros astures de Coaña (una pieza completa con el remate fundido y unido al puente por un tirante, y un fragmento de resorte) y La Escrita (fragmento de resorte) (Maya, 1988: 97, fig. 31 a, b y d).

Por nuestra parte, la pieza de Carralaceña parece confirmar cronologías bastante avanzadas, según cabe deducir del contexto material, fundamentalmente cerámico como corresponde a un alfar, así como por algunas referencias de cronología absoluta.

En lo que atañe al primer aspecto, el contexto material cerámico, el conjunto de este Nivel II manifiesta la presencia mayoritaria de las especies torneadas finas, de pastas anaranjadas, con frecuencia decoradas con pintura y que constituyen los tipos más característicos de este ámbito, producciones que alcanzan el 80% del total de los materiales del nivel. El resto está integrado por las series toscas o comunes, también realizadas a torno, aunque con características técnicas y formales diferentes —pastas groseras de escaso acabado, tonalidades ocre a negruzcas, desgrasantes voluminosos, ausencia de decoraciones, etc.— que las individualizan perfectamente de las anteriores. Ambos grupos constituyen la práctica totalidad del repertorio cerámico no sólo de este momento de ocupación del taller, sino de todas sus fases, al no localizarse productos elaborados a mano en ninguna de las áreas excavadas⁷.

⁷ El análisis del grupo cerámico que acompaña a la pieza será deliberadamente sucinto por lo que se refiere a los paralelos y dispersión de formas o decoraciones, atendiendo a grandes rasgos a su comportamiento en los yacimientos más significativos. En gran medida esto se debe a la escasa especificidad de los tipos, que pueden reconocerse en prácticamente todos los enclaves del área y en la mayoría de sus fases, haciendo para nuestros propósitos inútil y repetitiva la recopilación exhaustiva de todos los ejemplos, contextos, etc. Por otra parte, y lo que es más importante, las cronologías establecidas para la zona se muestran cada vez más ineficaces e imprecisas, sobre todo cuando se trata de aproximarse con cierto detalle a períodos cronológicos no excesivamente dilatados; ello explica que hayamos intenta-

La extrema fragmentariedad de los materiales cerámicos hace difícil el establecimiento y representación de los repertorios formales y decorativos de los mismos, si bien una aproximación se recoge en la Fig. 2, donde se observa el patente predominio de los vasos de tamaño mediano y mediano-pequeño, de los tipos cuenquiformes y las copas, así como la presencia de esquemas decorativos relativamente complejos en convivencia con los más tradicionales y sencillos de bandas y sectores de círculos concéntricos.

Más detalladamente, y todavía en referencia a la Cerámica Fina, señalaremos la abundancia de las copas de perfiles simples, hemisféricos en su mayoría y más raramente acampanados (fig. 2: 3, 7 y 14), así como de los cuencos de cuerpo en S o ligera carena, tipos éstos que suelen ornarse bien con frisos elementales de «eses» tumbadas (n.º 1), bandas o semicírculos (n.º 4 y 11) ceñidos a la mitad superior del vaso, o bien con diseños más abigarrados en los que se incluyen triángulos colgados del borde, combinados con arquillos, ondas y signos ciliados (n.º 8, 9, 10 y 13), en esquemas muy particulares del círculo vacceo, con frecuencia prolongados hacia la base de las piezas.

Ambos conjuntos, copas y cuencos, representan más del 65% del total de las formas identificadas en el nivel, predominio que, como ya se ha señalado, parece un rasgo característico de los conjuntos vacceos de época avanzada aún siendo también muy frecuentes en su fase más clásica (Sacristán, 1986: 241).

Consideraciones próximas podrían hacerse para las demás piezas presentadas. En el caso de las botellas (n.º 5) nos encontramos de nuevo ante un modelo bien reconocido tanto en las etapas centrales como en las más avanzadas del desarrollo vacceo, aunque más frecuente en las primeras, y para el que puede suponerse un origen relativamente antiguo merced a su aparición, por ejemplo, en el enclave segoviano de Cuéllar (Sacristán, 1986: 171; Barrio, 1988: 324-329, lám. 65). Las jarras de boca trilobulada, de las que mostramos un fragmento de piquera (n.º 6), están, como las botellas, discretamente representadas tanto en el nivel como en el resto del alfar, no siendo tampoco de los modelos más habituales en el centro de la Cuenca. No obstante, su presencia parece concentrarse en momentos recientes de la secuencia de los asentamientos —caso de los ejemplares de El Soto de Medinilla (Wattenberg, 1959: 177 y tabla I, 1) o de la mayor parte de los del propio enclave padillense, en particular de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1993: tumba 56)—, atribución que básicamente coincide con la señalada para otras áreas meseteñas donde este grupo formal se prodiga en mucha mayor cuantía, en concreto en el área soriana (Wattenberg, 1963: 45 y 115). Para nuestra pieza n.º 2, con paralelos notablemente próximos en los estratos clásicos de Roa (Sacristán, 1986: 141, lám. LXXX), Numancia (Wattenberg, 1983: 45, n.º 2) y El Soto de Medinilla (Wattenberg García, 1978: 38, forma XXII), mantenemos las mismas consideraciones como parte de los repertorios de época avanzada.

Por último, nos referiremos a un ejemplar con decoración bicroma (n.º 12),

do evitar la propuesta de fechas demasiado concretas, cuya obtención a partir de los datos existentes nos parece poco menos que imposible, en especial si se toman como referencias los conjuntos cerámicos aislados.

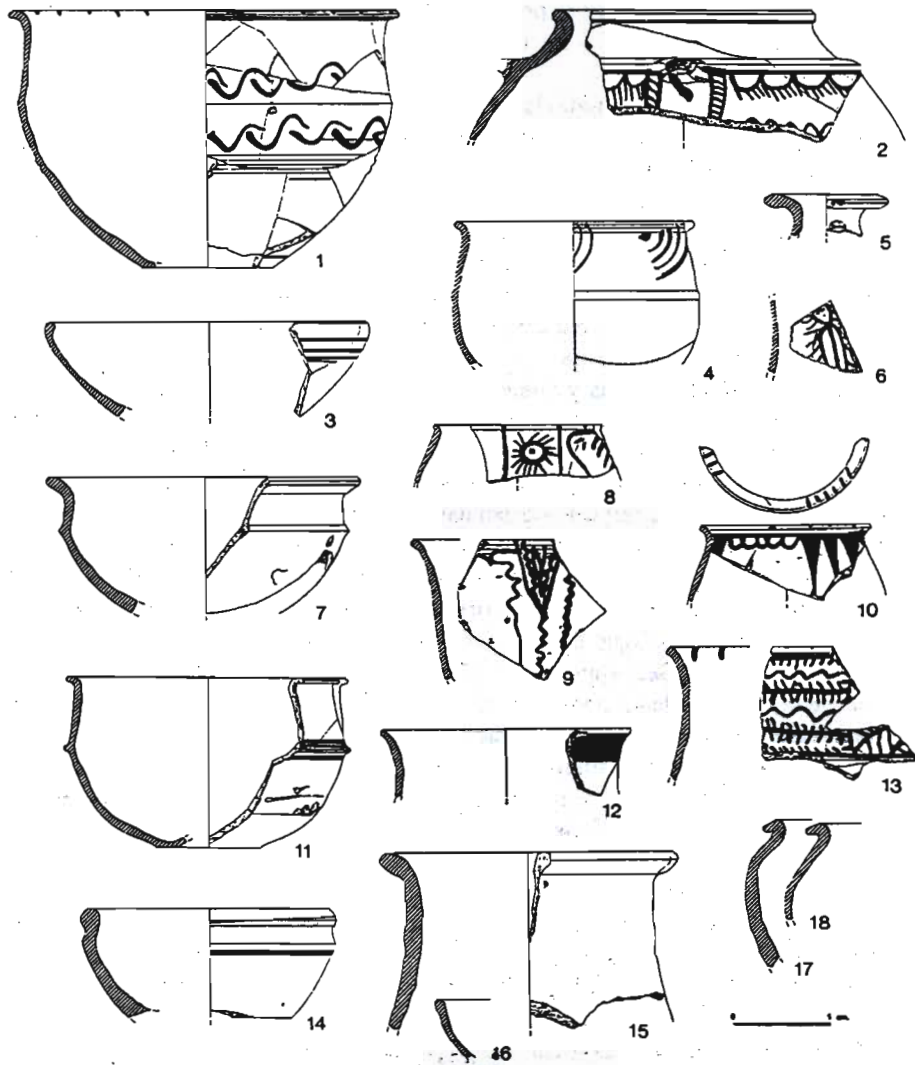


Fig. 2. Materiales cerámicos torneados del Nivel II del alfar de Carralaceña (Pesquera de Duero, Valladolid).

en el que se desarrollan bajo el borde dos bandas horizontales pintadas, una negra y otra roja. Esta modalidad pictórica no es frecuente en los yacimientos del área, al menos suele aparecer en escaso número de piezas en cada uno, si exceptuamos el segoviano de Coca, donde alcanza una representación bastante excepcional (Blanco, 1986 y 1988) y es identificada habitualmente como parte de los repertorios clásicos y sertorianos. Así se interpretan por ejemplo los hallazgos de Roa, Simancas y Catrojeriz (Sacristán, 1986: 194; Wattenberg Sanpere, 1978: 93, lám. IVa, 46; Abásole *et alii*, 1983: 309 y 311) mientras que su ausencia hasta el momento en otros lugares, como el mismo Soto de Medinilla, donde la secuencia podría concluir en torno precisamente al hito sertoriano sin mucha más prolongación (Sacristán, 1986: 132 y 193) sugiere que cuando menos la generalización de estos tipos, no debe retrotraerse demasiado de este margen.

En lo que se refiere a las especies Comunes o Toscas, debemos significar la presencia de algunas formas raras entre los repertorios vacceos (n.º 15 y 16), junto a otras de perfiles vueltos y apuntados más frecuentes (n.º 17 y 18). Pocas precisiones cronológicas pueden efectuarse a partir de estos últimos, ampliamente difundidos, con fuerte implantación en plena época y que no se verán sustituidos del todo por las especies comunes romanas hasta bien entrada ya la primera centuria (Sacristán, 1986: 199), si bien en la tumba 56 de la necrópolis de Las Ruedas, de Padilla de Duero, se puede observar la suplantación de unos modelos por otros ya desde los momentos finales del siglo I a. C. (Sanz Mínguez, 1993: 395).

A estas consideraciones podemos sumar otros indicios obtenidos de la situación relativa del Nivel II en la secuencia general de este área del alfar, por cuanto el momento de ocupación suprayacente, el Nivel I, se beneficia de algunas dataciones absolutas.

Para esta última fase, merced al estudio paleomagnético de una de sus estructuras, se ha estimado una fecha centrada en el siglo I a. C., cronología en aceptable concordancia con la propuesta para el conjunto cerámico que la acompaña (Escudero y Sanz, 1993) y de la que no debe alejarse demasiado la de las piezas que nos ocupan. Una situación estratigráfica anterior —aunque toda la secuencia del alfar parece resolverse en un lapso corto de tiempo— y un repertorio material bastante homogéneo con el del Nivel I —pero sin los indicios que en aquél nos apuntaban hacia las especies ya *tardoceltibéricas*— nos inclina a considerar que esta fase o Nivel II debe desarrollarse básicamente en la primera mitad de dicha centuria, quizás durante las últimas décadas del siglo II a. C., o, en términos menos comprometidos, el final de la llamada *Etapa Clásica* (Sacristán, 1986: 98 y 131-132).

Para concluir señalaremos, pues, la aparente disociación cronológica que parece existir entre los antecedentes tipológicos apuntados, ya sean las FAH o los modelos meseteños aquí destacados, los cuales nos remiten a mediados del siglo IV a. C., y la posición estratigráfica que sin embargo ofrecen las FLTSE cuando los registros no presentan problemas de alteraciones, con fechas bastante tardías que nos llevan a un momento avanzado del siglo II a. C. y fundamentalmente al I a. C.

Por otro lado, la presencia en el valle medio del Duero, de un ejemplar de FLTSE que pudiéramos denominar clásico —pese a las dudas planteadas sobre la originalidad de su fundido y posible remate caudal— matiza asimismo unos contac-

tos de las gentes vacceas con el sector NO peninsular que realmente resultan débiles, incluso ya con sus vecinos astures, si les comparamos con los existentes en cualquier otra dirección, máxime de admitir la independencia de las cerámicas estampadas *castrexas* con respecto de las meseteñas, lo que no parece del todo posible.

Parecería, por tanto aconsejable mantener cierta reserva sobre las opiniones que tienden a envejecer estos curiosos modelos de fibulas, en tanto en cuanto no se obtengan evidencias más clarificadoras en esa dirección, todo ello de acuerdo con el aún precario volumen de información del que se dispone para determinados periodos, especialmente los siglos IV y III a. C., de la *Cultura Castrexa* gallega según se expresa con rotundidad en una reciente síntesis (Peña, 1992: 385, fig. 2).

BIBLIOGRAFIA

- ABÁSULO, J. A.; RUIZ, I y PÉREZ, F. (1983): «Castrojeriz I: El vertedero de la Colegiata», *Noticiario Arqueológico Hispano*, 17: 193-313, Madrid.
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1989): *Las fibulas en la Meseta. Su valoración tipológica, cultural y cronológica*, Colección Tesis Doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, 54/89.
- ARIAS VILAS, F. (1983): «Novos materiais arqueolóxicos do castro de Viladonga no Museo de Lugo», *Boletín del Museo Provincial de Lugo*, I: 203-208.
- BARRIO MARTÍN, J. (1988): *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas. Cuéllar (Segovia). Estudio de sus producciones en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Segovia.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1986): *Coca Arqueológica*, Madrid.
- (1988): «Coca Arqueológica», *Revista de Arqueología*, 81: 47-55.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): Excavaciones de Las Cogotas. Cardenosa (Avila). I, *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 110, Madrid.
- CABRÉ AGUILÓ, J., CABRÉ DE MORÁN, E. y MOLINERO PÉREZ, A. (1950): *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*, Acta Arqueológica Hispana, V.
- CABRÉ DE MORÁN, E. y MORÁN CABRÉ, J. A. (1978): «Fibulas hispánicas con apéndice caudal zoomorfo», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 9: 8-22.
- CALO LOURIDO, F. y SOEIRO, T. (1986): *Castro de Baroña. Campañas 1980/84*, Arqueoloxía/Memorias, 6.
- CAMPANO LORENZO, A. y SANZ MINGÜEZ, C. (1989): «Fibulas de doble resorte de puente en cruz», *BSAA*, LV: 61-78.
- CARBALLO ARCEO, L.X. (1986): *Povoamiento castrexo e romano da terra de Trasdeza*, Arqueoloxía/Investigación, 2.
- (1987): *Castro da Forca. Campaña de 1984*, Arqueoloxía/Memorias, 8.
- CASTIELLA, A. (1986): «Nuevos yacimientos protohistóricos en Navarra», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 5: 133-173.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1987): «La fíbula anular hispánica y sus problemas», *Zephyrus*, VIII: 5-6-9.

- DELIBES DE CASTRO, G., ESPARZA ARROYO, A., MARTÍN VALLS, R. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): «Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero», en Romero, Sanz y Escudero (Eds.): *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*: 397-470, Valladolid.
- ESCUADERO NAVARRO, Z. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): «Un centro alfarero de época vaccea: el Horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)», en Romero, Sanz y Escudero (Eds.): *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*: 471-492, Valladolid.
- ESPARZA ARROYO, A. (1983): «Sobre el límite oriental de la Cultura Castreña», *II Seminario de Arqueología del Noroeste*: 105-119, Madrid.
- FARIÑA BUSTO, F. (1979): «As fíbulas de 'longo travessão sem espira' nos castros do NW peninsular», *Boletín Auriense*, IX: 27-49.
- FARIÑA BUSTO, F. L.; ARIAS VILAS, F. y ROMERO MASIÁ, A. (1983): «Panorámica general sobre la Cultura Castrexa», *Estudios de Cultura Castrexa e de Historia Antigua de Galicia, Homenaxe a D. F. López Cuevillas e a D. R. Otero Pedrayo*: 87-127.
- FORTES, J. (1908): «As fíbulas do Noroeste da Península», *Portugalia*, II (1905-1908): 15-33.
- HIDALGO CUÑARRO, J. M. (1985): *Castro de Vigo. Campaña de 1983*, Arqueoloxía/Memorias, 1.
- HIDALGO CUÑARRO, J. M. y RODRÍGUEZ PUENTES, E. (1987): *Castro de Fozara*, Arqueoloxía/Memorias, 9.
- INIESTA SANMARTÍN, A. (1983): *Las fíbulas de la región de Murcia*, Murcia.
- LENERZ DE WILDE, M. (1991): *Iberia Céltica. Archäologische Zeugnisse Keltische Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*, Stuttgart.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. (1950): «Las fíbulas castreñas y su significado etnológico», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, V: 5-19.
- MAÑANES, T. (1983): *Arqueología Vallisoletana, II. Torozos, Pisuerga y Cerrato (Estudios arqueológicos de la Cuenca del Duero)*, Valladolid.
- MARTÍN MONTES, M. A. (1984): «La fibula anular hispánica en la Meseta peninsular. I. Origen y cronología, su estructura y clasificación tipológica», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 19: 36-46.
- MARTÍNEZ BURGOS, M. (1941): *Museo Arqueológico de Burgos. Adquisiciones de ajuares de la Edad del Hierro*, Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales, II: 53, láms. XVIII-XXI.
- MAYA, J. L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos*, Estudios de la Antigüedad, 4/5, Universidad Autónoma de Barcelona.
- MEIJIDE CAMESELLE, G. (1990): «Tres dataciones de C14 del castro de A Graña (Toques, A Coruña) y su contexto arqueológico», *Gallaecia*, 12: 111-134.
- MOLINA GARCÍA, J.; MOLINA GUNDE, M. DE LA C. y NORDSTROM, S. (1976): *Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla-Murcia)*, Servicio de Investigación Prehistórica, 52.
- PAGE DEL POZO, V.; GARCÍA CANO, J. M., INIESTA SAN MARTÍN, A. y RUIZ SANZ, M. J. (1987): *10 años de excavaciones en Coimbra del Barranco Ancho, Jumilla*, Catálogo de la Exposición, Murcia.
- PALOL, P. (1965): «Nuevos yacimientos prehistóricos de la provincia de Valladolid», *BSAA*, XXXI: 115-122.
- PALOL, P.; FONTANEDA, E. y RECIO, A. (1969): «Nuevos hallazgos arqueológicos de la región de Valladolid (III)», *BSAA*, XXXIV-XXXV: 289-312.
- PALOL, P. y WATTENBERG, F. (1974): *Carta Arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid.
- PEÑA SANTOS, A. de la (1992): «El primer milenio a.C. en el área gallega: Génesis y

- desarrollo del mundo castreño a la luz de la arqueología», en M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica, Actas de la Reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid*, 13-15 de diciembre de 1989, *Complutum*, 2-3: 373-394.
- PONTE, S. (1982): «Uma coleção de fíbulas de Estremadura», *Boletim Cultural da Assembleia Distrital de Lisboa*, 88: 215-223, Lisboa.
- (1984): «Fíbulas de sitios a norte do río Douro», *Lucerna, Homenagem a D. Domingos de Pinho Brandão*: 111-144.
- ROMERO MASIÁ, A. (1992): «Objetos metálicos no castro de Borneiro», *Finis Terrae, estudos en lembranza do prof. Dr. Alberto Balil*: 131-195, Santiago de Compostela.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- SANZ MINGUEZ, C. (1985): *Una necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en Padilla de Duero (Valladolid)*, Memoria de Licenciatura, inédita, leída en la Universidad de Valladolid, Valladolid.
- (1990): «Metalistería prerromana en la cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo Monte Bernorio», *BSAA*, LVI: 172-187.
- (1991): «Broches tipo Bureba. Tipología, cronología y dispersión», *BSAA*, LVII: 93-130.
- (1993): «Uso del espacio en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid): Cuatro tumbas para la definición de una estratigrafía horizontal», en Romero, Sanz y Escudero (Eds.): *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*: 371-396, Valladolid.
- SANZ MINGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z. (1991): «Pintia. Un bien de interés cultural por proteger», *Revista de Arqueología*, 126: 12-20.
- SANZ MINGUEZ, C., GÓMEZ PÉREZ, A. y ARRANZ MINGUEZ, J. A. (1993): «La necrópolis celtibérica de Carralaceña, un nuevo conjunto funerario del complejo arqueológico de Padilla-Pesquera de Duero», *Numantia*, IV: 129-147.
- SANZ MINGUEZ, C., SAN MIGUEL MATÉ, L. C., CARRETERO VAQUERO, S.; ARRANZ ARRIBAS, J. A. y MADRAZO, T. (1989): *Padilla de Duero. Investigaciones arqueológicas 1985-1989*, Valladolid.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta Kulture der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen, Berlín.
- SILVA, A. C. F. (1983): *Citânia de Sanfins*, Paços de Ferreira.
- WATTENBERG GARCÍA, E. (1978): *Tipología de cerámica celtibérica en el Valle Inferior del Pisuerga. Yacimientos de Tariago, Soto de Medinilla y Simancas*, Monografías del Museo Arqueológico Provincial de Valladolid, 3, Valladolid.
- WATTENBERG SANPERE, F. (1959): *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la Cuenca Media del Duero*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, II, Madrid.
- (1978): *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)*, Memorias del Museo Arqueológico Provincial de Valladolid, 2, Valladolid.
- (1983): *Excavaciones en Numancia. Campaña de 1963*, Monografías del Museo Arqueológico Provincial de Valladolid, 5, Valladolid.